

colegio, tiene sus defectos. Nadie es perfecto en este mundo. Su pasión por el juego le ha perdido. Además, carece de voluntad para resistir sus deseos. No retrocede ante ningún obstáculo para satisfacerlos. Sin embargo, no puedo creer que falte á los compromisos que tiene contraídos con vos. Creedme, Juana. Esperad. Os escribiré. Tal vez esté ya la carta en el camino. ¡Quién sabe si la encontrareis ya en vuestra casa! Os ama. Me lo dijo al despedirnos. Sus pérdidas le han trastornado el juicio. Perdonadle el misterio en que ha envuelto su viaje, No ha tenido valor para daros el último abrazo.

—Si me amara, ¿tendría secretos para mí? Si es pobre, yo le hubiera consolado y dado fuerzas para luchar. No le amaba por su fortuna. Ya sé todo lo que quería saber. Os doy las gracias por el interés que os inspiro, y, siguiendo vuestros consejos, esperaré.

Máximo miraba á Juana con admiración.

—¿Os vais? dijo al ver que se levantaba.

—Sí, le contestó Juana.

Y fijándose en una maleta de viaje que había al lado de la chimenea, añadió:

—¿Estais preparando vuestra maleta?

--Sí. Esta noche salgo de París.

—¿Vais á reunirnos con Roger?

—Sí.

--¿Debemos decirnos adios, ó hasta la vista?

—Hasta la vista. Roger no es malo como creéis.

—¡No le defendais! exclamó Juana, con mal disimulada indignación. ¿Seríais vos capaz de hacer lo que ha hecho él?

Máximo no la contestó, pero fué una contestación la mirada que clavó en su pálido semblante y la fuerza con que la estrechó la mano.

XVIII.

La ventana de Santa.

Mientras Juana Trelan y el Conde de Presle formaban el proceso de la traición de Roger, una numerosa y lucida cabalgata atravesaba la parte del bosque de Santa Gilda, lindante con Penhoet.

Esta cabalgata se componía de la vizcondesa de Revilly, el capitán Estrelles, el general Chamberfot y el barón de Fontrailles.

A su cabeza, pero á alguna distancia, galopaban, uno al lado del otro, la señorita de Fonterose y Roger.

Nicolasa, menos preocupada que de costumbre, escuchaba las declaraciones de Roger, excesivamente líricas.

No le contestaba sino con monosílabos, pero aprobaba, unas veces sonriéndose y otras con elocuentes movimientos de cabeza, sus arranques de pasión y sus frases ingeniosas.

La prometía amor eterno y ventura sin límites.

—Pero, ¿qué entendéis por ventura? le preguntó Nicolasa. Tal vez nuestras opiniones no estén conformes en este punto.

—Mi opinion se amoldará á la vuestra. Hablad y obedeceré.

—Mis opiniones estarán conformes con las vuestras durante ocho dias. No durará mas mi esclavitud. Despues os ireis al Círculo ó á la Bolsa. Si hay carreras, no faltareis á ellas. A las reuniones de la alta sociedad tampoco podeis faltar. Así me ha dicho la señora de Revilly que viven todos los hombres en París.

—Teneis razon. Esa es la vida usual en París.

—¿Sois socio del Jockey?

—Sí.

—Y segun me ha dicho el general, uno de sus mas asíduos concurrentes. El general se hace lenguas de vos. Bien es verdad que el general no habla mal de nadie. La baronesa de Fontrailles, por el contrario, no habla de vos con tanto entusiasmo ¿Qué la habeis hecho?

—Nada.

—Puede que sea por eso.

—Maliciosa estais hoy...

—Es el tiempo, que amenaza tormenta. Además, he pasado mala noche. La caza tampoco es un ejercicio de mi agrado. ¿Qué nos hacen los jabalíes y los

ciervos, para que los matemos? Los parisienses no teneis corazon. Matais por el placer de matar y haceis correr la sangre nada mas que por verla correr. ¿Cómo está vuestro caballo? Ayer volvió muy fatigado de la cabeza.

—Ya está bien.

—Acostumbrado á pasear tranquilamente por el Bosque de Boulogne... ¿Vais á menudo al Bosque?

—Todas las tardes. Iremos juntos.

—Es posible, pero no seguro. No pienso casarme sino con un hombre que me agrade. Es una resolucion irrevocable.

—Espero hacerme digno de vuestro amor.

—Todo depende de vos. Mi madre dice que el matrimonio es una necesidad. Yo no pienso como ella. No me explico que nadie busque amo pudiendo pasarse sin él.

—No hablais seriamente, Nicolasa; yo no seré en ningun caso vuestro amo, sino vuestro esclavo.

—No digais vulgaridades. Las aborrezco. Añade mi madre que una mujer, cuando llega á cierta edad y no se ha casado, hace un papel ridículo en la sociedad.

—Vos no debeis temer ese accidente.

—El miércoles cumplo veinticin años, y á esta edad se debe pensar ya en el porvenir. Pensaré lo que debo hacer.

Nicolasa acompañó estas palabras con una mirada que equivalia á una promesa.

Siguieron cabalgando en silencio por espacio de mas de diez minutos.

—¿Llega por fin mañana vuestro amigo el Conde de Presle? preguntó Nicolasa reanudando la conversacion. Me han dicho que es un hombre de mucho ingenio. ¿Es verdad?

—No sería su amigo, si hablara mal de él.

—¿Quiere casarse tambien?

—No.

—Empiezo á simpatizar con él por ese detalle. ¿Es rico?

—Tiene ochenta mil francos de renta.

—No es una fortuna.

Roger estaba visiblemente embarazado.

Aquel aplomo en una jóven que había vivido alejada del mundo, le contrariaba.

Nicolasa comprendió la situación de ánimo de Roger.

—Os llama la atención oirme hablar con esta franqueza, de cosas que debiera ignorar, le dijo. Vivo en un desierto, y los desiertos convidan á la meditacion. Ese es mi único entretenimiento: meditar. Mi madre vive por su lado entregada á sus ocupaciones caseras y á su correspondencia con todos los preladados y curas del país, y yo vivo por el mio, porque, si bien me sigue á todas partes la señora Simonet, yo no la hago caso. Mi única compañía son los libros. ¡Cuánto me han hecho soñar!

—¿No me habeis visto nunca en vuestros sueños? se atrevió á preguntarla Roger.

Nicolasa le contestó, mirándole con asombro:

—No; nunca se me ha ocurrido pensar en vos.

Pero para no descorazonarle, añadió:

—No lo extrañeis .. Apenas nos conocíamos.

La cabalgata llegaba en aquel momento á los linderos del bosque.

Nicolasa levantó el látigo en señal de alto.

Los ginetes formaron círculo.

Nicolasa les dijo:

Os he prometido una curiosidad. Mirad. Allí está.

El punto que señalaba Nicolasa era una pequeña aldea situada á dos kilómetros del bosque.

—¿Veis aquel caserón inmenso? dijo Nicolasa. Es la casa de los más ilustres hijos de Bretaña. Han figurado en todos los campos de batalla. Eran amigos de la duquesa Ana y de los antiguos reyes bretones.

—¿Cómo se llaman? preguntó el capitán.

—Los Kerandal.

—He oido hablar de ellos.

—¿Dónde?

Estrelles quiso recordarlo, pero en vano.

—No me acuerdo, pero estoy seguro de ello. Tal vez sería durante la guerra.

—Señores, dijo el general, propongo que tomemos esa fortaleza por asalto.

—No os lo aconsejaré yo, repuso Nicolasa. Está defendida por una guarnición muy esforzada.

—Enviemos al capitán á hacer un reconocimiento.

—Estoy á vuestras órdenes, mi general.

Allí veo un hombre que dirige una yunta de bueyes, dijo el general. Nos podrá servir de guía.

—Es el barón de Kerandal, observó Nicolasa. El primogénito de la familia.

Y volviéndose hácia Roger, añadió:

—¿No creéis que sería una buena obra dar la mano á esos infelices, que han caído desde tan alto?

—¿Cómo?

—¿No se os ocurre?

—No.

—Yo tengo un medio.

—Os escucho. Hablad.

—Mas tarde, cuando nos tratemos con mayor intimidad, os confiaré mi secreto.

—De manera que puedo esperar...

—¡Quién sabe! repuso sonriéndose Nicolasa. El día de mañana no nos pertenece.

El capitán Estrelles se apresuró á cumplir las órdenes del general, dirigiéndose al galope hácia Penhoet.

Los demás ginetes le siguieron á distancia.

Algunos momentos despues la aldea de Penhoet era invadida por la señorita de Fonterose y su escolta.

Al ruido de los caballos, los aldeanos se asomaron á las puertas de sus cabañas.

El veterinario Cahusac dejó caer la pata del caballo que estaba herrando y permaneció mudo de admiración.

El cura, que estaba cuidando las flores de su jardín, se quedó estático, y como no levantó la regadera, se dió un baño de piés involuntariamente.

Los muchachos y las muchachas de la aldea, que conocian á Nicolasa, se agruparon en torno de su caballo.

Nicolasa los saludó á todos particularmente con una palabra de cariño.

El capitán Estrelles, que habia sido el primero que habia llegado, no parecia por ninguna parte.

¿Dónde estaba?

Se habia detenido delante de una especie de torre-cilla con vistas al campo, que tenia la casa solariega de los Kerandal.

En la única ventana que tenia habia visto una cabeza de mujer bañada por los rayos del sol, que aumentaban sus naturales encantos.

Era Santa, que meditaba con los ojos fijos en el cielo.

Pero en cuanto vió al capitán, se retiró de la ventana.

Entonces Estrelles metió espuelas al caballo y se

reunió á sus compañeros, murmurando:

—Volveré.

XIX.

La cita.

El general hizo una seña con la mano al capitán.

—Es una mujer deliciosa, le dijo al oído.

—¿De qué mujer habláis, mi general? preguntó el capitán.

—No os hagais el misterioso conmigo. Mi vista alcanza tanto como el mejor cañón. Me refiero á la mujer que estaba asomada á la ventana de aquella torreilla.

—Teneis razon, mi general. Es una mujer encantadora. Dicho sea sin ofender á las damas que acompañamos.

—¿Supongo que volveréis mañana?

—No estaria bien que os hiciera la competencia con la institutriz.

—¡Silencio!

—Ni por vos ni por ella...

—¡Silencio!

—La vizcondesa de Reilly es un buen partido, pero se ha retirado del juego.

—Sin embargo, todavía es hermosa y rica.

—Sí; pero aspira á casarse, y yo tengo mas miedo á un alcalde y á un cura que á una batería enfilada á mi escuadron.

—Yo tampoco he sido aficionado al matrimonio. Cuando pensaba en él, tentado por el diablo, me decia: «Chamberfot, amigo mio, ten presente que de un balazo se cura cualquiera; pero del matrimonio son pocos los que salen con bien.» Os queda la baronesa. No es mujer escrupulosa.

—¿De qué baronesa habláis?

—¿De qué baronesa he de hablar? De la baronesa de Fontrailles.

—No me gusta la fruta demasiado madura.

—¿Qué quereis decir, señor capitán?

—Mi general, hablo de las mujeres. Los hombres siempre son jóvenes.

—¡Adulador!

—Os lo confieso, general. Esa paloma silvestre se ha apoderado de mi corazón. Estoy decidido á entrar á saco en la fortaleza en que tiene su nido.

—Si la guarnicion no se opone. La señorita de Fonterose dice que está bien defendida.

—Vencer sin peligro es vencer sin gloria, repuso el capitán.

Nicolasa estaba á alguna distancia del general Chamberfot y del capitán Estrelles.

El primero metió espuelas al caballo, y se reunió con ella.

—¿No me habeis dicho que la casa de los Kerandal tenia una buena guarnicion?

—La mejor del país. No os aconsejo que la ataqueis. El valor en los Kerandal es una herencia que se trasmite de padres á hijos.

En aquel momento desembocaron dos hombres por una calle próxima al sitio en que Nicolasa y el general cambiaban estas palabras.

Eran Jacobo y Corentin, que llevaban en unas parihuelas un enorme jabalí muerto.

Michaud, el cabo de gendarmes, los seguia á corta distancia.

Jacobo vestia una blusa de marinero, cubriendo su cabeza con un ancho sombrero de paja.

Corentin tambien llevaba sombrero de paja, pero vestia el traje del país.

Ambos llevaban su escopeta al hombro.

—Ahí teneis parte de la guarnicion de la plaza, dijo la señorita de Fonterose al general Chamberfot. No les declareis la guerra. Son dos héroes de la Edad-Media perdidos en la nuestra.

—¡Hum! dijo el general mirando al capitán Estrelles, que llegaba en aquel momento. El de la blusa de marinero tiene un aspecto verdaderamente terrible. Capitán, os costará mucho trabajo cazar la paloma silvestre.

—El peligro es un estímulo, mi general, contestó Estrelles, y las dificultades aumentan el placer. El

capricho, porque no era más que un capricho, se ha convertido en deseo violento.

El general y el capitán iban á tomar el camino de Penhoet para volver á Santa Gilda, y la señorita de Fonterose y sus demas huéspedes, el del bosque.

Jacobo y Corentin dejaron las parihuelas en el suelo, retrocediendo algunos pasos para ver pasar la calbata.

Nicolasa se detuvo delante de Corentin.

—¿Venís de Santa Gilda? le preguntó.

—No, señora. Vuestra madre ha prohibido que cacemos en el bosque.

—Tengo noticias de esa órden, y siento no poder revocarla: primero, porque á mi edad no se tiene derecho á mandar, y despues, porque no me gusta con tradecir á mi madre. Ella dispone, y yo obedezco, unas veces sin grandes esfuerzos, y otras con verdadera repugnancia, como ahora. Somos parientes, ¿no es verdad? Corentin.

Corentin habia permanecido en actitud hostil, sibien respetuosa, porque tenia el sombrero en la mano.

Pero al oír estas palabras, se sintió profundamente conmovido.

—Os agradezco en el alma ese recuerdo, murmuró.

—Siempre me he acordado de que éramos parientes, repuso Nicolasa.

El grupo de los huéspedes de Santa Gilda se acercó á Nicolasa.

¡Arrogante mozo! pensó la vizcondesa de Revilly, mirando fijamente á Corentin.

—El mas feroz de los dos, dijo el capitan en voz baja al general, es el de la blusa.

—Guardaos de él, capitan.

Y midiendo con una insolente mirada á Corentin de los pies á la cabeza, añadió:

—Este mozo sería un gran mosquetero.

—He oido hablar de que uno de vuestros abuelos asistió al combate de los Treinta, dijo la vizcondesa á Corentin.

—Si, señora, contestó con marcada frialdad Corentin, ofendido por la curiosidad de que era objeto.

—¿Murió en el combate?

—No, señora, mató á todos sus enemigos.

El acento con que Corentin pronunció estas palabras impuso á todos los que las oyeron.

—Yo he creido que era el jabalí el que hablaba, dijo el capitan al general en voz apenas perceptible; sigamos nuestro camino, general.

Y Chamberfot y Estrelles espolearon sus caballos, siguiéndoles sus demás compañeros.

—¿Pensais quedaros aqui? preguntó Roger á Nicolasa.

—No, le contestó Nicolasa. Seguid á nuestros amigos mientras yo digo dos palabras á estos caballeros. Nos reuniremos dentro de un momento.

Roger obedeció.

Nicolasa, inclinándose sobre el cuello del caballo, dijo á Corentin.

—Necesito veros mañana.

—¿En el castillo?

—No.

—¿Dónde?

Nicolasa reflexionó un momento.

—En la Piedra de las Hadas.

—¿A qué hora?

—A las siete de la mañana.

—Alli estaré.

Nicolasa metió espuelas al caballo, reuniéndose con sus amigos algunos minutos despues.

—¿Os tratais con esas gentes? la dijo Roger con cierto desdén.

—Son primos mios, le contestó Nicolasa. ¿Qué os han parecido?

—Están bajo vuestra proteccion y no podría decirlos, sin temor de ofenderos, lo que me parecen.

—Entonces, decídselo á mi madre, que los aborrece.

—¿Pues no habeis dicho que son primos vuestros?

—Sí. Mi bisabuelo fué un Kerandal, y de su hermano descenden Jacobo y Corentin. Me sé de memoria mi genealogía. Toda mi familia se reduce á esos dos hombres y sus hermanos. Mi madre tiene parientes, pero son muy lejanos.

—¿Y por qué los odia vuestra madre?

—Primeramente porque son pobres, y despues, porque matan la caza de sus bosques. ¿Qué sería de ellos si no cazaran? Ya se habrian muerto de hambre.

—¿No me habeis dicho que tienen un hermano que es labrador? Que trabajen la tierra como él.

—¿Lo haríais vos en su lugar, señor de Ambarés? preguntó Nicolasa á Roger con cierta acritud.

Roger la miró fijamente para adivinar su pensamiento.

—Sois demasiado indulgente con esos hombres, contestó mordiéndose los labios.

—Eso quiere decir que vos lo seríais menos que yo, ¿no es verdad? Si hubiérais nacido con instintos de libertad y de independencía, y no tuviérais más que unas cuantas fanegas de tierra, ¿qué oficio elegiríais? ¿Las armas? Hoy la carrera militar no es carrera. El soldado está reducido al papel de máquina y puede ser muerto por un enemigo invisible situado á dos leguas de distancia. ¿Seríais notario? ¿Cajero de una tienda? Es preciso vivir de alguna manera. Ellos tienen el orgullo de su raza y no quieren vender su tiempo ni su trabajo. Prefieren comer un pedazo de pan cada veinticuatro horas.

—Con mucho calor les defendeis

—La injusticia con que mi madre les trata me subleva. ¡Y todo porque su madre no es noble! No era noble, pero era la mujer más hermosa de Bre-

taña; Santa, la joven que estaba á la ventana de la torrecilla de Penhoet es su vivo retrato. Preguntad al capitán Estrelles lo que le ha parecido. No ha hecho más que verla y ha quedado encantado de ella. Pero seguramente no se le ocurrirá pedir su mano. Es pobre, y nadie se casa ya más que por el dote. Pero hará mal en comprometerse en una aventura amorosa. Los guardias de corps de Santa, valen por un escuadrón de caballería. Yo no participo de las preocupaciones de mi madre. Ninguna mujer se debe casar más que con el hombre á quien ame. Si fuese hombre tendría las mismas ideas. Me casaría con la mujer á quien amase, fuera pobre ó rica, noble ó plebeya.

—Estais verdaderamente enamorada de vuestros parientes.

—Les compadezco.

Ya era de noche cuando la cabalgata entró en Santa Gilda.

XX

La piedra de las hadas

Aquella noche llegó á Santa Gilda el Conde de Presle.

¡Catorce horas en camino de hierro! El Morbihan está al fin del mundo. El Conde estaba rendido, he-

cho pedazos; pero no pudo resistir á la tentacion de madrugar para ver el país á la luz del sol naciente.

Se vistió, reparó sus fuerzas con una copa de vino de España, y se asomó á la ventana, abrazando desde ella todo el magnífico paisaje que servia de fondo al castillo.

Eran las siete y media.

Un ligero golpe dado á la puerta, sacó á Máximo de su abstraccion.

—Adelante, dijo el marqués volviendo la cabeza.

Era Roger.

—¿Ya te has vestido? le preguntó.

—Tenia verdaderos deseos de orientarme. El país es delicioso. El castillo, una obra de arte maestra.

—Ya ves que no he exagerado. Todavía te falta admirar una cosa. La divinidad del castillo.

—¿De quién es ese caballo que se vé desde aquí?

—Es Záfiro.

—¿Záfiro?

—Sí, el caballo favorito de la señorita de Fonterose.

—¿Acostumbra á salir tan de mañana tu bella prometida?

—Es un tanto excéntrica.

—¿Cómo van tus asuntos?

—Están en buen camino. Ayer, de sobremesa, estuvo deliciosa. Me tiene encantado. La marquesa me ha dado también buenas esperanzas. Lo reune

todo: la hermosura, la discreción y el dote... Un dote colosal.

—He visto á Juana antes de partir.

Roger palideció.

—Está triste... inquieta...

—¡Silencio! No pronuncies aquí ese nombre. Los Fontrailles no saben nada; pero sospechan algo...

—También Juana sospecha. No la has escrito ni una carta.

—Sí, ayer la escribí, prometiéndola que nuestra separación será muy corta. Cuatro líneas nada más, ¿Qué quieres que la diga?

—Es verdad. La situación no puede ser más comprometida. ¿Dónde va tu futura á estas horas?

—No debe llevar objeto... Va á la ventura. Monta admirablemente.

—¿No se ocupa en nada?

—En nada. ¿Quieres que la sigamos?

—Podemos estorbarla, observó el Conde.

—Al contrario. Nos agradecerá la compañía. Un admirador más no estorba á ninguna mujer.

En efecto, Nicolasa, en traje de amazona, montaba en aquel momento á caballo.

Máximo y Roger bajaron precipitadamente la escalera, reuniéndose con Nicolasa en el mismo instante en que ésta se disponia á partir.

—Permitid que os presente á mi amigo Máximo, la dijo Roger.

—Ya tenia el gusto de conocer á este caballero, contestó Nicolasa dando la mano á Máximo. Siendo amigo vuestro el Conde de Presle, lo es mio tambien. La amistad no es como el amor. La amistad se puede compartir, y el amor no... segun dicen.

—¿Quereis que os acompañemos? preguntó Roger.

—Como querais, contestó Nicolasa indiferentemente, pero temo que os voy á perder, como ayer.

Y dirigiéndose á su palafrenero, añadió:

—Binic, ensilla á estos caballeros los caballos que elijan. Yo iré delante, al paso.

No habia andado cincuenta pasos, cuando vió á lo lejos al capitán Estrelles, que le salia al encuentro.

Este tambien se va á quedar á mitad de camino, pensó. Afortunadamente no es difícil hacer que se pierda.

—¿Hacia qué lado os dirigís, capitán? le preguntó Nicolasa.

—A ninguno y á todos. No llevo objeto.

—¿No íbais hacia Penhoet?

—Tal vez. Es una aldea perfectamente situada, y quiero tomar un apunte de ella.

—Pues buen viaje, capitán.

Roger y Máximo siguieron á Binic á las cuerdas.

—Mucha prisa tendrán que darse los señores á elegir caballo, si desean alcanzar á la señorita. Aunque quiera, no podrá contener á Záfiro, que no está

acostumbrado á andar al paso. No hay mejor caballo en toda la Bretaña... Conoce el país palmo á palmo...

—¿De manera que se necesita conocer el país para no exponerse á dar un mal paso, preguntó Máximo?

—Las lagunas son muy peligrosas. La señorita pasa con Záfiro por donde no pasa nadie. Es valiente como ella sola. Pero siguiéndola, no hay cuidado.

Máximo y Roger mentaron á caballo, lanzándose al galope en la misma direccion que habia tomado Nicolasa.

Por mas que corrían no acababan de alcanzarla.

Záfiro iba devorando el espacio, pero al llegar á la entrada del bosque se detuvo.

—Un hombre salió de entre los árboles á recibir á Nicolasa.

—Buenos días, Juanillo, le dijo Nicolasa.

Máximo y Roger, gracias á esta parada, alcanzaron á Nicolasa, pero se detuvieron á algunos pasos.

—¿De dónde vienes? preguntó Nicolasa á Juan.

—Vengo de Penhoet. He ido á saber cómo sigue la señora Kerandal.

—¡Pobre mujer! exclamó Nicolasa. ¡Siempre sufriendo!

—Sí, señorita. Tiene un mal desconocido. La tristeza la consume lentamente.

—¿Y los demás? ¿Les falta algo?

—No, señorita, pero también están tristes. Como vuestra madre...

—Díles de mi parte que tengan paciencia. Mi madre quiere casarme para retirarse á sus posesiones del Mediodía. Despues ya veremos lo que sucede.

Y metiendo espuelas al caballo, saltó la zanja que servia de lindero al bosque.

Cuando Máximo y Roger quisieron recordar, se habia perdido de vista nuevamente.

En mitad de la landa de Santa Gilda se eleva, sobre una pequeña eminencia, una enorme piedra de mas de quince piés de altura.

En el país la llamaban la *Piedra de las Hadas*.

Hubieran necesitado Roger y Máximo ser del país para seguir á Nicolasa por aquel laberinto de caminos, veredas, fosos y precipicios.

Al pié de la Piedra de las Hadas esperaba un hombre, apoyado en el cañon de su escopeta.

Miraba á todos lados con inquietud y de cuando en cuando, se secaba el sudor de la frente con el revés de la mano.

Aquel hombre era Corentin Kerandal.

¿Acudiria Nicolasa á la cita? ¿Qué tendria que decirle? ¿Habria adivinado que la amaba como un loco?

No. Si hubiera adivinado su amor no le habria citado en un sitio donde no podia esperar auxilio humano. ¿Le amaria? ¡Imposible! No llegaba el orgullo de Corentin hasta el punto de forjarse esta ilusion.

Sin embargo, Nicolasa iba á llegar de un momento á otro, entregándose desarmada á su lealtad.

¿Por qué cometeria aquella imprudencia, sabiendo que era el único obstáculo que se oponia á la felicidad de los Kerandal, y por consiguiente que los Kerandal debian odiarla?

Corentin no sabia qué pensar.

Tuvo miedo de sí mismo y arrojó la escopeta entre los juncos, que crecian alrededor de la Piedra de las Hadas.

Despues se echó en el suelo y como los centinelas de escucha, aplicó el oído á la tierra.

Sus ojos se dilatáron. Alguien se acercaba. Se levantó. Nicolasa estaba ya delante de él.

—Buenos dias, Corentin, le dijo. Os agradezco mucho que hayais venido. Tengo que hablaros.

Corentin, á pesar del dominio que tenia sobre sí mismo, temblaba como un azogado.

Aquel hombre, tallado en mármol como un atleta de la antigüedad, tenia miedo delante de aquella niña que parecia hecha de cera.

Instintivamente se llevó la mano al sombrero y se le quitó.

—Cubrios, primo, le dijo con dulzura Nicolasa. Corentin estaba pálido, casi cadáverico.

Toda la sangre de su cuerpo se habia agolpado á su corazón, que palpitaba fuertemente.

—Sed franco conmigo, le dijo Nicolasa. ¿No es verdad que os asombra verme aquí?

—Es verdad, balbuceó Corentin.

Y recobrando su presencia de ánimo añadió:

—¿No os causa miedo de estar sola conmigo en medio de este desierto?

—¿Por qué he de tener miedo? Sois uno de mis parientes, y espero que sereis uno de mis mejores amigos.

Corentin no supo qué contestar á estas palabras, pronunciadas con una sencillez y un calor que conmovieron todas las fibras de su alma.

Creía que iba á luchar con una gran señora, engreida de su nobleza y de su fortuna, y se encontraba con una mujer que le hablaba con cariño y de igual á igual.

Estaba desarmado, y lo mismo que sus sentimientos, se trasfiguraron sus facciones.

El mismo se desconocía.

—Os debo una explicacion, Corentin, añadió Nicolasa, y voy á dárosela. Ya estoy en edad de pensar y de obrar conforme á mis inclinaciones. Mi madre abriga sentimientos, respecto á vuestra familia, de que yo no participo. Mi vida retirada del mundo me ha hecho pensar en muchas cosas, en que no me hubiera fijado siquiera viviendo de otro modo. Sois pobres. primo mio. Tambien yo he podido serlo. La casualidad del nacimiento ha puesto en mis manos

los bienes de la familia. Ibo, vuestro hermano, á quien admiro siempre que lo veo al atravesar los campos al galope de mi caballo, trabaja la tierra como el último campesino. Y sin embargo, por nuestras venas corre la misma sangre. Quiero servirlos de algo, y vengo á suplicaros que me ayudeis en esta empresa. Dentro de algunos días seré mayor de edad. Hasta aquí he obedecido ciegamente. Mis veintiun años me dan derecho para mandar. Esto es lo que tenia que deciros. Los miembros de una misma familia, como las raíces de un árbol, deben sostenerse unos á otros, uniéndose estrechamente. ¿Me comprendeis?

—Sí. ¿Qué quereis que haga?

—Lo pensaremos cada uno por su lado, y nos veremos con frecuencia para comunicarnos nuestras impresiones. Pero no quiero que lo sepa nadie. Lo primero que os recomiendo es el secreto.

—Os obedeceré en todo.

—Dadme la mano, y aseguradme que no me quereis mal por los caprichos y las rarezas de mi madre. Debo respetarla; pero confiad en mí. Procuraré conciliar mi veneracion por ella, con mi cariño por vosotros.

Nicolasa acentuó estas palabras tan fuertemente, que Corentin, sin saber lo que hacia, se arrodilló respetuosamente delante de ella, y cogiéndola una mano se la llevó á los labios.

— Sois un angel, señorita Nicolasa, exclamó. Perdonadme que no lo haya conocido antes.

— Eso quiere decir que teníais formada muy mala idea de mí, repuso Nicolasa sonriéndose.

Corentin se levantó y clavó una mirada en el semblante de Nicolasa, que debió llegar hasta el fondo de su alma.

— ¿Quereis saber lo que pensábamos de vos? exclamó. Sólo mandándomelo me atrevería á deciroslo. Pensábamos mi hermano y yo, por que estamos unidos como los antiguos hermanos de armas que daban su sangre los unos por los otros, pensábamos que érais tan orgullosa como bella, porque sois bella, señorita, tan bella, que para alcanzar vuestro amor estarian justificados, no ya los mas grandes sacrificios, sino hasta los mayores crímenes... ¡Hasta la perdicion eterna!... Pensábamos que nos mirábais, como á séres inferiores, de raza vil, destinados á servir de escabel á los grandes señores que os rodean, como ese hombre, ese Roger de Ambarés, que cabalgaba ayer á vuestro lado; como ese capitán ¡miserable! que se atrevió á mandar un beso á Santa. Decidle que vea lo que hace, si no quiere que mi hermano ó yo le metamos una bala en la cabeza. Le odio por instinto. Sin embargo, odio mas al otro.

— ¿Por qué? se apresuró á preguntar Nicolasa.

— No lo sé, ó mas bien, no quiero saberlo. Tal vez os disgustaríais conmigo, señorita Nicolasa, y

antes que enojaros, me dejaria hacer pedazos. Pensábamos que érais enemiga nuestra irreconciliable... Pensábamos... Nos hemos equivocado, hemos sido injustos... Teneis el alma demasiado noble para avergonzaros de nosotros... No habeis olvidado que corre la misma sangre por nuestras venas... ¡Dios os bendiga, señorita Nicolasa! Los Kerandal no necesitan que nadie los socorra. Viven con poco como los soldados en campaña. Sólo tienen una aspiracion. Quieren que se les dé la mano como á amigos y servidores desinteresados, que se dejarán hacer pedazos por los suyos, sin esperanza de recompensa. Vos nos la habeis dado. No lo olvidaré nunca, y el calor de vuestra mano permanecerá siempre vivo en mis labios y en mi corazon. Os odiaba, por que...

— ¿Y ahora? le interrumpió Nicolasa.

— Ahora os amo, os adoro...

Se detuvo como asustado por su audacia, y despues de un momento de silencio, añadió:

— Como á una hermana, como á Santa, como á un ángel de paz y de bondad.

— ¿Sí? le contestó Nicolasa, conmovida por la exaltacion de Corentin y por el faego que despedian sus ojos.

— ¡A fé de caballero! exclamó Corentin bajando la cabeza y poniéndose una mano sobre el corazon.

— Yo tambien os amaré, Corentin, repuso Nicolasa. Os lo juro. Ahora es preciso separarnos. Me delen

estar buscando mis acompañantes, á quienes he plantado en mitad del camino.

—No les envidio mas que en una cosa, dijo con amargura Corentin. Ellos os pueden ver, hablar, seguirlos...

—¿Y qué creéis que ganan con eso?

—Y como son ricos serán dichosos.

—¿Por qué?

—Dicen que el señor de Ambarés se vá á casar con vos.

—En efecto, mi madre lo desea.

—¿Y vos?

Nicolasa clavó sus ojos en los de Corentin.

—El matrimonio es una cosa muy grave, y como dice el refran, antes de casarse hay que pensarlo mucho. Pensaré lo que debo hacer y veremos... No me deslumbran la fortuna ni la elegancia, Corentin. Estad seguro de que no me uniré nunca sino con el hombre de quien verdaderamente esté enamorada.

Nicolasa pronunció estas palabras con una gravedad que no estaba en su carácter y que hubiera llamado la atencion de un hombre mas suspicaz que Corentin.

Luego, recobrando su habitual jovialidad, añadió:

—Adios, primo, hasta la vista. No olvideis el camino de la Piedra de las Hadas. Habels prometido bajo la fé de caballero hacer todo lo que os mande. Os mando volver aquí. Aquí nos veremos.

Corentin volvió á besar la mano á Nicolasa, y ésta, metiendo las espuelas al caballo, desapareció por entre las tortuosas veredas que conducian á la Piedra de las Hadas.

XXI.

Lo que aman las muchachas.

Cuando el capitan Estrelles se despertó, bullían en su cabeza proyectos maquiavélicos.

Se levantó, se puso su traje de campo mas elegante, se atusó los bigotes con mas cuidado que nunca y, ginete en uno de los mejores caballos de las cuadras de la marquesa, tomó el camino de Penhoet, donde, como hemos visto, se cruzó con la señorita de Fonterose.

Partidas de caza verdaderamente régias; una mesa espléndida y buenos caballos para pasearse: sólo le faltaba, para dar por bien empleado su mes de licencia, una conquista amorosa.

Su primera excursion á Penhoet habia sido un rayo de luz.

Al ver á Santa asomada á la ventana de la torre-cilla de la casa de los Kerandal, hubiera podido exclamar como Arquímedes: «La he hallado...»

El capitan Estrelles no era de los hombres que vacilan en sus resoluciones. Habia nacido para poner